

ESPÍRITU Y LÍNEAS MAESTRAS DE LA ECONOMÍA

Eduardo J. Ortiz*

ABSTRACT:

The greatest riches of a nation are its citizens, and when they act following their own religious ideas, they do no harm to the economic development, on the contrary they do it at the service of the real people of the country. Theology and economy are not opposite, as sometimes people believe. The change begins when work is on favor of man.

KEY WORDS:

Economy, theology, riches, criterion meanings, utility, work, production

Todas las encuestas coinciden en señalar que para la gran mayoría de los venezolanos la situación económica del país es un desastre y que se está poniendo cada vez peor. Pero el tema central de mi conferencia no va a ser ese.

Tampoco voy a dar una clase magistral repasando la bibliografía existente sobre las diversas alternativas propuestas por diferentes corrientes ideológicas, ni sobre las medidas planteadas repetidamente por las universidades, las academias, las organizaciones civiles y religiosas para emprender un cambio de rumbo.

Todo lo anterior haría que viésemos los problemas desde la barrera, como si la transformación de la economía fuera asunto únicamente de los políticos, y nosotros no pudiéramos hacer nada más que manifestar nuestro descontento.

Pero cuando hace más de veinticinco siglos el filósofo griego Aristóteles habló por primera vez de la economía se refería, en el sentido etimológico de la palabra, a la regulación o administración de los bienes domésticos¹. Los individuos, las familias, las congregaciones religiosas economizan, por ejemplo,

* Doctor en Economía y Profesor de la UCAB.

¹ Aristóteles: *Política* (Edición bilingüe), Centro de Estudios Políticos e Institucionales, Madrid. Libro I, caps. 3, 4 y 8. Fueron un grupo de pensadores franceses quienes en el siglo XVIII comenzaron a utilizar la expresión "economista" (*les économistes*) para designar a quienes estudiaban el funcionamiento de la economía.

cuando tratan de estirar los ingresos para que aguanten hasta fin de mes. En este sentido, todos aquí seríamos economistas.

Utilizando la terminología actual, y entrando en el tema que hoy quiero exponer, todos nosotros somos agentes económicos que a través de nuestras acciones u omisiones influimos en el crecimiento o decrecimiento de nuestra riqueza, y en la forma en que esta es distribuida entre la población de Venezuela y del mundo.

Lo cual tampoco quiere decir que esté en las manos de los aquí presentes dirigir la política económica de la nación. Pero a corto plazo hay realidades que podemos cambiar y procesos que podemos construir. Son acciones aparentemente pequeñas, pero muchos pasos cortos de muchas personas permiten recorrer grandes distancias.

Para adentrarnos en este camino de reconstrucción, comencemos por reconocer que también hay, dentro de nosotros y en nuestro entorno, fuerzas negativas que nos arrastran al egoísmo personal y colectivo, y que estas pulsiones son muy difíciles de contrarrestar.

A este respecto, una de las doctrinas tradicionales del cristianismo que tenemos que rescatar y enfatizar es la del pecado original, aunque la sustentemos sobre bases diferentes a las que recibimos en nuestra infancia.

Hoy las ciencias de la naturaleza y de la vida nos han enseñado que el desarrollo de la conciencia en los primeros humanos era más cercana a la de sus ancestros animales que al *homo sapiens* de nuestros días, y que su entorno geográfico no tenía nada de paradisíaco. No echemos pues a Adán y Eva una culpa que no tienen, ni les hagamos responsables de nuestras carencias.

Pero la tradición del pecado original, tal como nos ha sido transmitida en los primeros libros de la Biblia, tiene otra vertiente mucho más profunda que sigue siendo válida en nuestros días. Allí se nos cuenta que muy a menudo, desde el comienzo de la humanidad, ha predominado la competencia despiadada sobre la solidaridad. Es la historia de Caín matando a Abel por envidia, la de Jacob arrebatando la primogenitura a Esaú con engaños y manipulaciones, la de sus hijos vendiendo como esclavo a su hermano José, el preferido de su padre, para que no se cumplieran sus sueños y fuera su señor.

Como resultado de tantas generaciones que han luchado a muerte para dominar a los demás, todos nosotros hemos nacido en un mundo donde las fuerzas del mal son o parecen ser más poderosas que las fuerzas del bien. Y desafortunadamente esta generación en que nos ha tocado vivir contribuirá también a que quienes nos sucedan se encuentren al nacer con un mundo que no quiere ser redimido.

La alternativa que tenemos por delante es darnos por vencidos o buscar resquicios, por pequeños que sean, por los que podamos avanzar hacia la recreación de un mundo más solidario, donde nuestros esfuerzos aporten bienestar a cada vez más personas, y los ingresos generados por todos sean repartidos más equitativamente.

El escenario que tenemos por delante en Venezuela no es nada halagüeño. Llevamos tres años seguidos en los que cada vez producimos menos. Según datos de diversos organismos internacionales, en 2016 lo generado en el país (el producto interno bruto o PIB), decreció un 10 por ciento, lo que sumado a los resultados también negativos de 2014 y 2015 implica que en el último trienio hemos decrecido más del 20 %.

Decrece el producto y crecen los precios. Aunque el Banco Central de Venezuela lleva más de un año sin publicar estas cifras, diversas fuentes externas calculan que el año pasado la inflación se ubicó en 720 %. Llevamos varios años en que los incrementos de precios en Venezuela son los mayores del mundo; en 2016 fueron ciento veinte veces mayores que en el promedio de los países latinoamericanos. Según cálculos del Fondo Monetario Internacional este año 2017, si seguimos cometiendo los mismos errores, los precios pueden llegar a aumentar hasta el 2.200 %².

Por otra parte, la tasa de cambio a fines de 2016 llegó, en ese mercado misterioso e innombrable en el que cada vez se abastecen mayor número de familias y empresas, a Bs. 4.000 por dólar, lo que equivale a 4.000.000 de bolívares anteriores a la reforma monetaria del 2008.

En el *Informe sobre la Felicidad en el Mundo 2017*, publicado por un conjunto de investigadores asociados al Departamento de Desarrollo Sustentable de las Naciones Unidas, Venezuela aparece como el país del mundo en el que más ha disminuido el índice de felicidad entre 2005 y 2016³.

Con razón decía el 7 de enero de este año Mons. Diego Padrón, en la sesión de apertura de la CVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Venezolana (CEV) que “en la historia venezolana de los últimos cincuenta años – si no más – los ciudadanos no habíamos atravesado una etapa tan dura, incierta e injusta”⁴.

² Los datos presentados en los dos últimos párrafos se encuentran en: Comisión Económica para América Latina y el Caribe, *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2016*, Cuadro A1-2; Fondo Monetario Internacional, *Perspectivas de la economía mundial*, octubre 2016, Cuadros A-4 y A-7.

³ John Helliwell, Richard Layard and Jeffrey Sachs: *World Happiness Report 2017*, New York, pp. 27-29.

⁴ <http://www.parroquialapurisima.org.ve/documentos/cev-palabras-de-mons-diego-padron-en-la-apertura-de-la-cvii-asamblea-plenaria.pdf>. Consultado el 25 de marzo de 2017. En el portal de la Conferencia Episcopal (www.cwv.org.ve) se encuentra el documento final de dicha Asamblea.

Todo esto no es resultado únicamente de que el Gobierno se ha equivocado al tomar algunas medidas económicas, sino de que conscientemente ha tratado con violencia de centralizar todas las decisiones económicas en sus manos, ha dividido a los ciudadanos y nos ha enfrentado a unos contra otros, ha hecho desaparecer por caminos oscuros gran parte de la riqueza del país, y ha acaparado los medios de comunicación para que no nos enteremos siquiera de la magnitud del desastre en que nos encontramos.

Pero no imitemos al fariseo de la parábola evangélica diciendo: “Oh, Dios, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, ladrones, injustos”⁵. Al contrario, debemos siempre preguntarnos si hemos hecho todo lo posible para que no llegáramos a esta situación, y si de encontrarnos en un puesto en el que fluyeran millones de bolívares y de dólares por nuestras manos no se nos habría pegado nada a ellas. Quiero pensar que no, pero cuando veo algunas actuaciones de mis conciudadanos me pregunto si estaría más seguro con ellos en el Gobierno.

Me voy a fijar ahora solo en dos detalles. Los asaltos a camiones y a comercios. No niego, con Tomás de Aquino⁶ y otros pensadores, que quien se apropia de algo para no morir de hambre no es ladrón. Pero en los asaltos a los que cada día estamos más habituados actúan mafias que luego revenden esos productos y se quedan con el dinero ¿Qué garantía tengo yo de que si esas personas llegaran al Gobierno serían honestas? Ninguna. Más bien estoy persuadido de que robarían en mayor escala.

Algo semejante podemos decir de los asaltos a comercios. No me refiero únicamente a los saqueos. Con cierta frecuencia, sobre todo en la época navideña, funcionarios gubernamentales entran a los negocios y obligan a sus dueños a implementar descuentos ruinosos, o se apropian de mercancía que no es suya y la regalan. ¿Y cómo reacciona la población? ¿Se queja porque están robando a su vecino o a su conciudadano? ¿Se acerca al comerciante para defenderlo? De ninguna manera. Hace colas para llevarse lo que todavía no hayan agarrado los demás. Quienes actúan así ni siquiera piensan que con esa actitud se están perjudicando a sí mismos, pues es probable que el dueño del negocio no vuelva a abrir, o no traiga nueva mercancía, o se vaya a invertir en otro país, con lo que salen perdiendo los que en el futuro quieran volver a comprar ese bien, sino que también arruinan a los que trabajan en esos

⁵ Evangelio de *Lucas* 18,11.

⁶ “Si la necesidad es tan evidente y tan urgente que resulte manifiesta la premura de socorrer la inminente necesidad con aquello que se tenga, como cuando amenaza peligro a la persona y no puede ser socorrida de otro modo, entonces puede cualquiera lícitamente satisfacer su necesidad con las cosas ajenas, sustrayéndolas, ya manifiesta, ya ocultamente. Y esto no tiene propiamente razón de hurto ni de rapiña”. Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, II-II, cuestión 66, artículo 7.

establecimientos, que muchas veces son tan pobres o más que los asaltantes, y necesitan el trabajo para sostener a su familia. Pero ¿a quién le importa?

Aunque por otra parte percibo con alivio que, en la reciente ocupación por el Gobierno de algunas panaderías del centro de Caracas, la población ha reaccionado más solidariamente con quienes les han proveído de ese bien básico por tantos años.

Pero sigue siendo verdad que en otros ámbitos hay muchas personas de todos los niveles sociales que se devanan día a día la cabeza, para ver cómo pueden sacar ventaja de la situación deplorable que está viviendo el país. Hay pues muchos responsables de que Venezuela esté como está.

A pesar de todo esto volvamos a preguntarnos: ¿Y yo qué puedo hacer para que las cosas funcionen mejor?

No vamos a diseñar ahora grandes líneas de política económica porque no estamos en el Gobierno, a pesar de que los economistas sí debemos plantear una y otra vez alternativas, y así lo hacemos a través de diversos medios, sin desanimarnos porque nadie nos haga caso. A este respecto me anima comprobar que, tanto en el ámbito nacional como internacional, hay un amplio acuerdo sobre los pasos que habría que dar en Venezuela en un proceso de transición, que alguna vez llegará.

Hay que volver a abastecer al país de bienes y servicios convocando a todos los sectores productivos para que actúen sabiendo que se estimularán sus esfuerzos, se respetará su propiedad, y se les permitirá obtener unos márgenes de beneficio que recompensen su inversión y su esfuerzo. Hay que implementar políticas fiscales y monetarias creíbles y responsables para recortar la inflación. Hay que recuperar PDVSA, estimular las exportaciones en este y otros rubros, recuperar el respeto y la confianza de otras naciones para mejorar nuestras ventajas competitivas, y frenar el derrumbe de nuestra moneda frente a otras divisas. Hay que unificar paulatinamente la tasa de cambio, pues la experiencia ha demostrado que una tasa múltiple, entre otros males, estimula la corrupción de quien tiene acceso preferencial a la moneda más barata y puede enriquecerse en pocos minutos vendiéndola en el mercado paralelo. Hay que fortalecer las políticas sociales para integrar a más sectores de la población en trabajos productivos que les permitan llevar una vida digna, y hay que proteger a quienes por diversas razones no se pueden integrar en el circuito económico. Lamentablemente, va a ser inevitable obtener financiamiento extranjero que pondrá ciertas condiciones, pues estamos arruinados.

Todas son reglas elementales del funcionamiento de cualquier economía, pero que han dejado de aplicarse en Venezuela desde hace años. Son también

propuestas muy generales que habrá que concretar una vez emprendido el camino.

Habrá que apoyar unas veces y criticar otras a los nuevos gobernantes, como se ha hecho en el pasado. Inevitablemente habrá divergencias de opinión respecto a políticas concretas, pero, a diferencia de lo que está ocurriendo ahora, no se estará retrocediendo, sino que se marchará hacia adelante.

Pero todo eso lo tienen que hacer los dirigentes y sus asesores. Nosotros nos tenemos que concentrar en otras tareas. Vamos a enumerar algunas de ellas.

La economía suele centrar muchas veces sus análisis en los intercambios generados entre las personas a través de la oferta y la demanda. Podríamos seguir este camino para preguntarnos qué podemos hacer nosotros para lograr un funcionamiento de la actividad económica más acorde con nuestras convicciones humanitarias y religiosas.

En primer lugar, todos nosotros somos demandantes de numerosos bienes y servicios, y nuestra capacidad de compra depende de nuestros ingresos, que normalmente recibimos a través de nuestro trabajo.

En otras palabras, como dijo en una ocasión San Pablo: “El que no quiera trabajar que no coma, (pues) nos hemos enterado de que algunos de ustedes viven [...] muy atareados en no hacer nada”⁷.

Esto parece evidente pero no lo es. La tradición religiosa judeocristiana no ha sido muy benévola con la necesidad de trabajar. En los primeros capítulos del Génesis el trabajo aparece como un castigo: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”⁸, dice Dios a Adán cuando lo expulsa del paraíso. Porque en ese paraíso se gozaba sin esfuerzo de los bienes que otorgaba la naturaleza, y nos suelen decir que en el cielo gozaremos de la presencia de Dios sin mover un dedo. El trabajo sería entonces un requisito desagradable que tendríamos que soportar solo mientras estuviéramos en este valle de lágrimas, y sin esforzarnos demasiado. Al fin y al cabo, el mismo Jesús nos enseñó a pedir a nuestro Padre “danos hoy nuestro pan de cada día”, y lo recalcó diciendo: “Miren las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y sin embargo el Padre del cielo las alimenta ¿No valen ustedes más que ellas?”⁹.

⁷ *Segunda carta a los Tesalonicenses* 3, 10-11. Muchos comentaristas señalan que pudo influir en esta actitud la esperanza en una segunda venida inminente de Cristo, extendida entonces entre muchos cristianos, y alimentada por el mismo Pablo en una carta anterior a esa misma comunidad (“Entonces resucitarán primero los que murieron en Cristo; después nosotros, los que quedemos vivos, seremos llevados juntamente con ellos al cielo sobre las nubes, al encuentro del Señor” *1 Tesalonicenses* 4, 16-17).

⁸ Libro del *Génesis* 3, 19.

⁹ Evangelio de *Mateo* 6, 11 y 6, 26.

Hace más de un siglo que el sociólogo alemán Max Weber trató de explicar los motivos religiosos por los que el capitalismo generó más riqueza en el norte de Europa, de religión protestante, que en el sur de religión católica.

Uno de los puntos que resalta este autor es cómo en alemán proceden de la misma raíz la palabra “profesión”, que en esa lengua se dice *Beruf*, y “vocación” que se dice *Berufung*¹⁰. En la cultura alemana, que a pesar de haber perdido dos guerras mundiales sostiene la economía más poderosa de Europa, el trabajo es una vocación, una misión que Dios encomienda a la humanidad. También esta perspectiva tiene fundamentos bíblicos: “Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla”¹¹, dirá Dios al hombre y a la mujer recién creados.

Pero los latinos, comentará Max Weber con otras palabras, parecen más inclinados a tumbarse en el chinchorro que a afanarse por progresar.

En teoría económica se suele hablar en este contexto del *free rider*, el vivo, el que se sube al autobús sin pagar, el que no cancela el condominio en su edificio pensando que, como los demás sí pagan, no le van a cortar el agua ni la luz.

Algo de eso queremos expresar cuando decimos que la economía venezolana es rentista, es decir, que en gran parte se apoya en un producto, el petróleo, que le ha sido dado como un regalo de la naturaleza, lo que desafortunadamente implica que algunos piensen que Venezuela es un país rico y que uno tiene derecho a gozar de sus dádivas sin hacer nada.

El gobierno conoce esta debilidad nuestra, y por eso acalla a la población dándole de vez en cuando una mísera bolsa de comida, y pidiéndole en contraprestación su apoyo incondicional y su voto. Crea más lealtades mantener al pobre dependiente de los regalos oficiales, que ayudarle a obtener un trabajo digno para que se emancipe y dependa solo de sí mismo.

La primera condición del progreso económico es, por consiguiente, el trabajo. En los hogares hay a veces hijos que se pasan la vida viviendo de sus padres. También en la vida religiosa, donde uno se siente protegido y apoyado por la institución, puede darse la presencia de un *free rider*, que más que vivir en comunidad vive de la comunidad. Eso no es bueno ni para uno mismo, ni para las personas cercanas, ni para el país.

Claro que el ingreso monetario de que cada uno goza en el presente puede provenir también del trabajo de generaciones pasadas. Todo padre o madre

¹⁰ Weber, Max (1991) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Premia, Tlahuapan, pp. 48 a 60. Esta obra fue publicada por primera vez en 1905.

¹¹ Libro del Génesis 1, 28.

aspira a que su trabajo no solo le permita vivir a él o ella dignamente, sino también mantener a su familia, y dar a sus hijos un apoyo que en el futuro les ayude a progresar cuando ellos ya no estén presentes. También las congregaciones religiosas poseen un patrimonio ganado en parte por el trabajo de generaciones pasadas, pero en todo caso es fruto del esfuerzo individual y colectivo.

Una vez entonces que hemos obtenido un ingreso económico mediante el trabajo, podemos actuar en la economía como consumidores o como ahorristas.

Lo mínimo que podemos decir sobre el consumo, desde una perspectiva humanista y cristiana, es que este sea responsable y solidario.

La solidaridad mínima consiste en evitar el derroche. En relación con un bien tan básico como la comida, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) ha insistido una y otra vez en que hoy se producen alimentos suficientes para nutrir a todos sus habitantes. El hambre existe porque los recursos existentes están mal distribuidos¹².

Quizás hace unas décadas cuando oíamos hablar de niños muertos por desnutrición pensábamos en África, pero hoy esas víctimas están a nuestro lado y en nuestras calles. Nunca antes habíamos visto a tantas personas a nuestro alrededor rebuscando comida en las bolsas de basura.

Solo con la comida que a veces dejamos en la casa o en los restaurantes porque ya estamos satisfechos, se podrían alimentar varias familias. La Organización no gubernamental Manos Unidas ha acuñado como lema de su campaña de 2017 el eslogan: “1/3 de nuestros alimentos acaba en la basura”¹³.

El mismo principio podríamos aplicarlo a otros muchos bienes que consumimos además de los alimentos. El derroche, cuando tanta gente pasa necesidad, no solo no es cristiano, sino que tampoco es óptimo desde el punto de vista económico, pues el objetivo de esta disciplina consiste en utilizar los recursos escasos de manera que satisfagan el mayor número posible de necesidades.

Parecería que hablando ante un público que en su mayor parte ha hecho voto de pobreza no sería necesario insistir en este punto, pero también en las comunidades religiosas podemos preguntarnos si algunas de las cosas que tenemos están siendo utilizadas eficientemente, y si podríamos destinarlas a otros fines donde ofrecieran un mayor y mejor servicio.

¹² Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (2017) *El futuro de la alimentación y la agricultura. Tendencias y desafíos*.

¹³ www.manosunidas.org. Consultado el 25 de marzo de 2017. Se trata de una asociación de la Iglesia Católica en España para la ayuda, promoción y desarrollo de los países del Tercer Mundo.

Por supuesto que la solidaridad se puede manifestar también en compartir parte de nuestros bienes con otras personas que padecen necesidad. Para eso no siempre hay que ir a los rincones más abandonados. Muchas veces, si tenemos los ojos bien abiertos, veremos que algunos de nuestros vecinos, o hasta de nuestros amigos, están pasando apuros para salir adelante.

Hay campañas exitosas en este sentido. En varios países hay organizaciones que recogen de los supermercados, panaderías y restaurantes alimentos que no se han vendido y están a punto de vencerse y los reparten entre los más necesitados¹⁴.

Otra costumbre que se ha extendido en varios países de uno y otro hemisferio es el de los frigoríficos solidarios colocados en plena calle, en los que particulares y empresas depositan comida que luego es repartida por diversas vías¹⁵. Existen también bancos de alimentos. En Venezuela tampoco faltan organizaciones civiles y religiosas que dan de comer diariamente a muchas personas.

Todo esto supone un voluntariado numeroso, dispuesto a dedicar tiempo y esfuerzo con constancia durante largos períodos de tiempo, y una gerencia imaginativa, capaz de establecer cadenas de suministro y administrar los recursos con honestidad y transparencia.

En algunos países juegan también un papel importante un conjunto de organizaciones de consumidores que no solo velan por la calidad de los bienes que se ofrecen en los mercados, sino que investigan su proceso de producción y comercialización para comprobar si las empresas intermediarias han respetado el medio ambiente, han sido responsables en el uso de los recursos materiales y financieros, y han tratado dignamente a sus trabajadores.

Por poner un ejemplo, con motivo de un incendio con varias víctimas mortales hace pocos años en una fábrica de tejidos de Bangladesh, varias asociaciones de consumidores europeas mostraron su preocupación, y trataron de comprobar en qué condiciones se producía en varios países del sudeste asiático la ropa que las grandes marcas internacionales exhibían y vendían en las arterias comerciales más importantes del continente. Esta inquietud dio pie a un conjunto de reportajes y documentales que se difundieron por varios canales

¹⁴ <http://m.dw.com/en/food-sharing-initiative-battles-berlin-authorities-over-closed-community-fridges/a-19042114>. Consultado el 25 de marzo de 2017.

¹⁵ Los siguientes enlaces ofrecen ejemplos de estas iniciativas, en Alemania, España, India y Arabia Saudita: <http://www.npr.org/sections/thesalt/2014/06/27/321691095/got-leftovers-to-share-in-germany-theres-a-website-for-that>; <https://www.smalljoys.me/fridge-outside-for-homeless/>; <http://www.bbc.com/news/blogs-news-from-elsewhere-27296489>; http://www.huffingtonpost.com/entry/restaurant-makes-street-fridge-for-leftovers-to-feed-needy_us_56facba3e4b0a372181b2981. Consultados el 25 de marzo de 2017.

y redes, y obligaron a las empresas a mejorar las condiciones de trabajo en aquellos establecimientos, para evitar que los consumidores boicotearan sus productos¹⁶.

Aquí nos queda todavía mucho camino por recorrer en esta área, pero el proceso no es tan complicado. Generalmente comienza en el vecindario con un grupo de personas interesadas y dispuestas a dedicar una parte de su tiempo a esa tarea. Luego estos núcleos se van relacionando con otros semejantes, y al final se llega a organizar asociaciones de alcance regional y hasta nacional.

Si del consumo pasamos al ahorro, las posibilidades de avanzar en una línea responsable y solidaria son muy amplias.

Sabemos que una de las trabas más importantes que está confrontando el Papa Francisco en su intento de reformar la curia vaticana consiste en controlar la administración de su dinero. ¿Cuánto hay? ¿Quién lo maneja? ¿Dónde está colocado?¹⁷

Cuanto mayor es el tamaño de la organización que desea conocer a fondo el uso que el sistema financiero está haciendo de sus recursos, el proceso de búsqueda es más complicado, pero por otra parte la capacidad de presionar a los bancos para que entreguen la información solicitada es mayor. Si una familia promedio amenaza con pasar sus cuentas a otro banco si no le dicen cómo están utilizando sus ahorros, no pasa nada. Pero si lo hace una congregación religiosa con cierto volumen de recursos el banco será más sensible y estará más dispuesto a colaborar.

Generalmente no nos ocupamos de investigar o revolver estos asuntos porque llevan tiempo y no es fácil sacar nada en limpio, pero es un campo donde podemos avanzar para garantizar que nuestro dinero esté siendo invertido de manera eficiente y responsable.

Las preguntas que nos podemos hacer en este ámbito son numerosas: ¿Se están invirtiendo nuestros ahorros en la producción o se están destinando a la especulación? En el primer caso ¿Qué se produce? ¿Dónde se produce? ¿Cómo se produce?

Por poner un ejemplo, en 2012 el Vaticano tuvo que salir al paso y defenderse de una acusación, que se expandió por las redes sociales, donde se

¹⁶ Se puede ver a este respecto un programa de la televisora española Antena 3, en la serie *Salvados* de Jordi Évole sobre “Quién, cómo y dónde se fabrica la ropa que venden grandes marcas” en http://www.atresplayer.com/television/programas/salvados/temporada-11/capitulo-13-quin-cmo-dnde-fabrica-ropa-que-venden-grandes-marcas_2016021900402.html. Consultado el 25 de marzo de 2017.

¹⁷ Nuzzi, Gianluigi (2015) *Merchants in the Temple. Inside Pope Francis's Secret battle against corruption in the Vatican*. Macmillan, New York.

aseguraba que el organismo conocido como Banco del Vaticano (Instituto para las Obras de Religión) poseía acciones en una conocida fábrica de armas¹⁸.

También aquí, como en el caso de los consumidores, hay organizaciones no gubernamentales que siguen la trayectoria de las grandes inversiones públicas y privadas, y dan a conocer sus resultados para presionar a los ahorristas a que retiren su dinero de fondos de inversión cuyo manejo de los capitales que se les han encomendado no es socialmente aceptable.

Y a las instituciones financieras les hace mella esta presión. En diciembre del año pasado se reunieron en Ámsterdam un conjunto de inversionistas convocados por la Red Global de la Inversión de Impacto, cuyo objetivo es lograr que sus miembros fomenten las “inversiones hechas con la intención de generar impactos sociales y ambientales al mismo tiempo que ingresos financieros”¹⁹. En esta ocasión el número de empresas y organizaciones que respondieron a la convocatoria fue el mayor de toda su historia, lo que indica que también en el mundo financiero se está extendiendo la inquietud de pensar en otros objetivos que superen el mero beneficio económico. Y sin negar que los banqueros puedan también ser sensibles ante los problemas que aquejan a otras personas, han sido fundamentales en estas nuevas tendencias las presiones que ejercen un número cada vez mayor de ahorristas, que se organizan para exigir que su dinero sea invertido en instituciones solidarias con el resto de la humanidad.

Hoy en Venezuela tenemos que considerar otro punto espinoso en relación con el ahorro. ¿Debemos conservar nuestro dinero en bolívares o lo debemos convertir a dólares?

Cada uno debe tomar una decisión responsable en este tema. Al decidimos por una u otra alternativa hemos de pensar que, tanto en las congregaciones religiosas como en los hogares, una de las finalidades del dinero ahorrado es el de sostener a los jóvenes mientras se encuentran en período de formación, y el cuidar de los ancianos cuando ya no pueden valerse por sí mismos.

Debemos admitir también que el dinero venezolano hoy no vale nada. Si, tal como lo pronostica el Fondo Monetario Internacional, la inflación este año asciende a 2.200 %, eso implica que a fin de año deberemos pagar Bs. 100.000 para comprar lo que en enero costaba Bs. 4.500.

¹⁸ Se trataba de la Fábrica de Pietro Beretta. Se puede ver parte de la información sobre este caso en: <https://www.aciprensa.com/controversias/vaticanoarmas.htm>. Consultado el 25 de marzo de 2017.

¹⁹ <https://thegiin.org/>. Consultado el 25 de marzo de 2017.

Prosigamos con el análisis de nuestro comportamiento como agentes económicos.

Además de demandantes, muchos de nosotros somos oferentes, generalmente de servicios públicos y comunitarios.

En esta área, debo comenzar por decir que hoy en día hay que considerar unos héroes a los particulares que, a pesar de la inseguridad jurídica, del peligro constante de ser expropiados, insultados públicamente como explotadores, auditados una y otra vez por funcionarios ignorantes y malintencionados, siguen invirtiendo y creando puestos de trabajo en Venezuela.

Ahí se encuentran ustedes. Muchas congregaciones religiosas ofrecen desde hace décadas educación, salud, asesoría y acompañamiento en organizaciones populares, atención religiosa.

Todos ellos son servicios que contribuyen al mejoramiento de la sociedad, y a la generación de riqueza.

La educación es considerada universalmente como una condición indispensable para que las personas puedan conseguir un trabajo cualificado que les permita progresar económicamente. La salud es lo que casi todos pedimos cuando nos preguntan: ¿Qué deseas para el nuevo año? La organización comunitaria da fuerza y cohesión a quienes buscan defender sus derechos y proveer a sus necesidades personales, familiares y colectivas. La fe nos abre a la trascendencia, tan fundamental para dar sentido a nuestra vida y ampliar sus horizontes.

La recomendación obvia que habría que dar a este respecto es que nos concentremos en que nuestro aporte brille por su excelencia, no solo como un eslogan sino también en el desempeño diario.

Siempre podemos ser mejores, pero al mismo tiempo debemos sentirnos satisfechos de que muchos en nuestro entorno piensen que lo estamos haciendo bien. En el área educativa, por ejemplo, las instituciones gestionadas por religiosos y religiosas gozan de gran estima, y los mismos funcionarios públicos que en sus declaraciones oficiales zahieren al sector privado, por otro lado, envían sus hijos y sus nietos para que reciban educación en nuestros colegios y universidades.

Debemos admitir también que, en los últimos años, donde el total de miembros de las congregaciones religiosas ha disminuido significativamente, gran parte de esas funciones tan apreciadas por la sociedad son llevadas adelante por dedicados equipos de laicos, que han decidido sumarse a los esfuerzos de la Iglesia por entregarse al servicio de la sociedad.

Últimamente esta labor es todavía más difícil, cuando el Gobierno ha tratado de imponer unos planes educativos en los que se debilita el área de las ciencias, tan importantes para avanzar competitivamente como país, y se refuerza una ideologización avasallante y esclavizadora.

Por otra parte, para ofrecer servicios hay que contratar factores productivos. Si nos concentramos en el factor humano, esto conlleva la dificultad de remunerar equitativamente al personal.

Siguiendo, aquí como en otras áreas, vías que ya se ha comprobado históricamente que están condenadas al fracaso, el Gobierno trata de contrarrestar la inflación decretando cada vez con mayor frecuencia incrementos salariales que nunca alcanzan a compensar la pérdida de capacidad adquisitiva, y que además aceleran aún más la inflación al incrementar los costos de producción.

Esto hace que nuestras instituciones, ya de por sí deficitarias, se encuentren algunas veces al borde del colapso.

En el país son muchas las empresas que han cerrado sus puertas y despedido a sus trabajadores por no haber podido hacer frente a esta cadena interminable de incrementos. En el caso de las instituciones educativas gestionadas por religiosos, más de una vez uno se pregunta si, con los continuos obstáculos que se ponen a las subidas de las matrículas estudiantiles, el Gobierno no estará buscando quebrarlas para quedarse con ellas.

Un último y grave problema económico sobre el que muy poco podemos hacer nosotros como particulares es el de la desigualdad.

Quizás no exista un punto donde haya mayor divergencia de opiniones entre los economistas. Se comienza por tener divergencias sobre el origen de las desigualdades. Nos encontramos desde quienes siguen defendiendo que los pobres están en esa situación porque no quieren trabajar, hasta quienes los eximen de toda responsabilidad y echan toda la culpa a las estructuras sociales injustas. También hay discusiones sobre la manera más apropiada de medir la desigualdad y, por supuesto, sobre las medidas más adecuadas para disminuirla.

Los escritos más importantes sobre el tema, si han impactado a la opinión pública, van a encontrar enseguida críticos que salten a cuestionar sus propuestas.

En 2013 se hizo famosa la obra del economista francés Thomas Piketty titulada *El capital en el siglo XXI*²⁰, e inmediatamente salieron a la palestra economistas afamados, e incluso premios Nobel, criticando hasta las ecuaciones

²⁰ Piketty, Thomas (2014) *Capital in the twenty-first century*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

sencillas con las que él proponía que la desigualdad en el mundo iba a ser cada vez mayor, hecho que por lo demás confirman hasta el momento casi todas las estadísticas internacionales. La pobreza en el mundo, aunque no en Venezuela, ha disminuido, pero la desigualdad ha aumentado.

A principios de este año murió el economista inglés Anthony B. Atkinson, quien ha dedicado toda su vida a investigar este problema, y pocos meses antes de su desaparición había publicado la obra *Desigualdad ¿Qué podemos hacer?*²¹ Allí proponía 15 medidas criticadas por amplios sectores, aunque todos alabaran su dedicación y sus conocimientos al enterarse de su muerte.

El mayor problema está en que una de las medidas más efectiva para reducir la desigualdad es subir los impuestos a los más ricos e invertir lo recaudado entre los más pobres. Y ahí comienzan las dificultades. En cuanto a subir los impuestos, las objeciones van desde el ¿por qué me van a quitar lo que he ganado con mi trabajo? hasta la afirmación de que con ello se reduce la inversión, lo que además de disminuir la riqueza del país imposibilita la creación de nuevos puestos de trabajo, con lo que la desigualdad en vez de reducirse crece cada vez más. En cuando a destinar lo recaudado a los más pobres se resalta el problema de la focalización (¿estoy ayudando al que realmente lo necesita?), y la eterna objeción, comprobada más de una vez con investigaciones fehacientes, de que algunas personas prefieren no buscar trabajo para seguir recibiendo las subvenciones públicas.

Pero después de todo, las discusiones de los economistas son inútiles si no se traducen en políticas concretas. Y ahí también podemos hacer poco como individuos. Por lo general, los gobiernos se preocupan de no abandonar a los más pobres, porque eso les haría perder votos, pero se preocupan también de no molestar a los más ricos, que son los que financian sus campañas. El resultado final depende en gran parte de la tendencia política de quienes estén en el gobierno. Es bien sabido que en Estados Unidos las grandes empresas y las finanzas están más cerca de los Republicanos que de los Demócratas. Ya Donald Trump ha tratado de anular los planes de salud del anterior Gobierno (*Obamacare*), lo que dejaría sin seguro de salud a veinticuatro millones de connacionales, y ha anunciado que va a rebajar los impuestos a los grandes capitales.

Pero insistamos, para concluir, que más que preocuparnos por lo que no podemos cambiar, nos concentremos en lo mucho que podemos avanzar como

²¹ Atkinson, Anthony B. (2015) *Inequality. What can be done?* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

ciudadanos en la mejora de la economía y de la sociedad. Algo de todo esto he tratado de resaltar en esta ponencia.

Si tuviera que resumir todo lo dicho anteriormente lo haría recalcando que la riqueza más importante de una nación son sus ciudadanos, y que cuando estos actúan siguiendo sus convicciones religiosas no perjudican al progreso económico, sino que lo ponen al servicio de sus protagonistas, que son las personas concretas de cada país.

Por otra parte, mucho de lo que he dicho a lo largo de estas páginas desde una perspectiva económica, lo podría haber apoyado con citas de documentos de la doctrina social de la iglesia. Lo que indica que, después de todo, la teología y la economía no siempre están tan separadas como algunas veces se cree.